

GUERRA COLONIAL Y CRISIS DE 1898

A. Introducción

A finales del siglo XIX España contaba únicamente como colonias con las islas de Cuba, de Puerto Rico y de las Filipinas. Eran los últimos restos del gran imperio español formado durante el gobierno de los Habsburgo. La mayoría de las colonias españolas en América habían alcanzado su independencia durante el reinado de Fernando VII (1808 – 1833), convirtiéndose en repúblicas independientes gobernadas por las minorías criollas.

Cuba y Puerto Rico basaban su economía en la agricultura de exportación, esencialmente en el azúcar de caña y el tabaco, en la que trabajaba mano de obra negra esclava. Eran unas colonias que alcanzaron un importante desarrollo y que eran muy lucrativas para la metrópoli. Cuba se convirtió en la primera productora de azúcar del mundo.

Las duras leyes arancelarias impuestas por el gobierno de Madrid convirtieron estos territorios en un "mercado cautivo" de los textiles catalanes o las harinas castellanas. Esta situación perjudicaba claramente a las islas antillanas que podían encontrar productos mejores y más baratos en los vecinos Estados Unidos. Por su parte, el interés de este país por Cuba aumentó de forma considerable hasta el punto de que España recibió una oferta de 300 millones de dólares por la isla.

En septiembre de 1868 se había producido una rebelión en **Cuba** liderada por **Manuel de Céspedes**, quien dio el grito de Yara, aldea desde donde se inició la denominada guerra de los diez años o Guerra Larga. Dicho conflicto se prolongó durante todo el Sexenio Revolucionario y no pudo solucionarse hasta la **Paz de Zanjón** (1878) en plena Restauración.

Detrás del conflicto estaba la cuestión social de la abolición de la esclavitud. Mientras que en Puerto Rico esta medida se pudo adoptar en 1873, en el caso cubano el sistema productivo no podía prescindir de mano de obra esclava. Las presiones de Francia, Gran Bretaña y EE.UU., que habían abolido la esclavitud en 1863, obligaron al gobierno provisional español a aprobar la **Ley Moret** (1870), que declaraba libres a los que nacieran de madre esclava, a los menores de edad y a los mayores de determinada edad. Pero el sistema esclavista pervivió en la isla hasta 1886.

El debate sobre la esclavitud y la presión estadounidense fueron determinantes para la configuración de tres corrientes de opinión en la isla:

- » Españolista, partidaria de no ceder a ninguna presión reformadora, oponiéndose de esa forma a los intentos del gobierno español de conceder un cierto grado de autonomía a Cuba.
- » Independentista, dirigida por el Partido Revolucionario Cubano creado por **José Martí** en 1892. Para la consecución de su objetivo (la independencia cubana) logró un importante apoyo exterior, especialmente de EEUU
- » Autonomista, una fórmula intermedia que apostaba por una Cuba española, pero libre, regulada por leyes propias.

Puerto Rico no planteaba serios problemas, pues en 1873 había conseguido su autonomía, la esclavitud había sido abolida y tenía una economía saneada. Además, la dominación española era muy efectiva, ya que se llevaba a cabo a través de una élite económica poderosa que controlaba los movimientos emancipadores de base popular.

El **caso filipino** era bien diferente. Aquí la población española era escasa, los capitales invertidos eran mínimos y, a excepción de Manila, la ocupación efectiva del territorio era muy baja. El dominio español se sustentaba en una pequeña presencia militar y, sobre todo, en el poder de las órdenes religiosas. No obstante, el movimiento emancipador surgió entre un grupo de mestizos liderados por **José Rizal**, quien fundó en 1893 la Liga Filipina.

B. Guerra colonial

La **Guerra Larga** (1868-1878), saldada con la Paz de Zanjón, había sido un primer aviso serio de las aspiraciones independentistas cubanas. Dicha paz no acabó con los conflictos en la isla, que dieron lugar a la llamada **Guerra Chiquita** (1879-1880). Por su parte, la ausencia de reformas facilitó el que el anticolonialismo se desarrollará pese a la represión. José Rizal en Filipinas y José Martí en Cuba se configuraron con figuras claves del nacionalismo independentista filipino y cubano.

Efectivamente, la firma de la Paz de Zanjón no logró acabar con el sentimiento nacional. Los cubanos esperaban de la administración española una serie de reformas como la obtención de representación en las Cortes españolas, la participación en el gobierno de la isla, la libertad de comercio y la abolición de la esclavitud, que aún se mantenía en Cuba. Ninguna de estas peticiones fue tomada en consideración por España debido a la rotunda oposición de los grandes propietarios, de los negreros y de los comerciantes peninsulares.

El sentimiento nacionalista cubano se veía acrecentado por la influencia económica de los Estados Unidos, que integró a la isla en su ámbito comercial. Así pues, a las peticiones políticas se sumaban los deseos de una clara liberalización económica, especialmente tras la aprobación del llamado "*arancel Cánovas*" (1891) que aumentaba las tarifas arancelarias para los productos importados no españoles. El arancel perjudicaba notablemente a EEUU, que adquiriría grandes cantidades de azúcar y tabaco cubano, mientras sólo podía exportar a Cuba productos con fuertes impuestos de entrada. El presidente norteamericano William McKinley manifestó su protesta y comenzó su acercamiento a los independentistas cubanos.

El Partido Liberal de Sagasta se mostró favorable a introducir mejoras en la isla, pero durante sus sucesivos mandatos sólo llegó a concretar la abolición formal de la esclavitud, en 1888. La falta de reformas estimuló los deseos de emancipación que se fueron agrupando en torno al Partido Revolucionario Cubano de José Martí y que contó con el apoyo de antiguos revolucionarios que se habían negado a aceptar la Paz de Zanjón.

Ante esta situación, la guerra volvió a estallar. El 24 de febrero de 1895 se produjo el llamado "**Grito de Baire**" que dio inicio a un levantamiento generalizado. Esta nueva **guerra hispano cubana** se desarrolló en dos fases:

En un primer momento, el presidente del gobierno español Cánovas del Castillo envió un ejército al mando del general Martínez Campos, que trató de reprimir militarmente la rebelión pero también de buscar un acercamiento con los sublevados.

Martínez Campos no logró controlar la rebelión, por lo que fue sustituido por V. Weyler partidario de una férrea represión. Weyler se mostró muy duro con los rebeldes, aplicando la pena de muerte a muchos de ellos, y también con la población civil, víctima del hambre y las epidemias. Para conseguir sus objetivos no dudó en parcelar la isla en varios sectores estancos usando un sistema de trochas que dejaba incomunicados a los rebeldes. Igualmente, convirtió las poblaciones cubanas en auténticos campos de prisioneros para evitar que estas apoyaran la insurgencia.

En 1897 Cánovas del Castillo fue asesinado y Sagasta asumió el gobierno, decidiendo introducir algunas reformas buscando la conciliación. Para ello decretó la autonomía de Cuba, la igualdad entre cubanos y peninsulares y la autonomía arancelaria. Sin embargo, las reformas llegaban demasiado tarde: los independentistas se negaron a aceptar el fin de la guerra que España declaró de forma unilateral; también los residentes españoles en Cuba mostraron su malestar ante las concesiones.

Es entonces cuando EEUU decide intervenir directamente en Cuba. En febrero de 1898 la **explosión del acorazado estadounidense Maine** que se encontraba anclado en el puerto de La Habana, en teoría para proteger los intereses de los residentes americanos, fue el pretexto para la declaración de guerra. En medio de una fuerte campaña de presión contra el gobierno español, EE.UU. presentó un plan de compra de la isla que España rechazó.

En este contexto, el presidente norteamericano McKinley, responsabilizando a los españoles del hundimiento del Maine, envió un **ultimátum a España** exigiendo la retirada de Cuba antes de tres días o, en caso contrario, la declaración de guerra. España, aunque era relativamente consciente de su inferioridad militar, consideró humillante el ultimátum. Comenzaba así la **guerra hispano-norteamericana**.

La escuadra española, al mando del almirante Cervera, fue rápidamente derrotada en la batalla de Santiago de Cuba, mientras tropas estadounidenses comenzaron a ocupar Cuba (desembarco en Guantánamo) y Puerto Rico (pese que allí no había levantamientos).

Paralelamente al conflicto cubano se produjo una **rebelión en las Islas Filipinas**. Los intereses económicos españoles eran mucho menores que en Cuba, pero existía una notable producción de tabaco y servía de enlace para el comercio con el continente asiático. Los norteamericanos también se presentaron allí como libertadores e igualmente derrotaron a otra escuadra española en la batalla de Cavite (1898). Aunque la ciudad de Manila logró resistir durante algunos meses, ante la evidencia de la derrota, España pidió la firma de un acuerdo de paz.

La vencida España fue obligada a aceptar las condiciones de Estados Unidos y firmó el **Tratado de París** de 10 de diciembre de 1898. Fue el fin del Imperio español:

- » España perdió Cuba que era declarada independiente, pero quedó bajo la “*protección provisional*” de Estados Unidos. En 1902 la *enmienda Platt* a la nueva constitución cubana concedía a los Estados Unidos el derecho a intervenir en los asuntos internos de la nueva república, enmascarando su soberanía sobre la isla.
- » España cedió a Estados Unidos Puerto Rico, la isla de Guam y Filipinas a cambio de una indemnización de 20 millones de dólares.
- » A España sólo le quedaban las archipiélagos de las Marianas, las Carolinas y Palaos, en el Pacífico, que fueron vendidas a Alemania en 1899 por 20 millones de marcos.

C. La crisis de 1898

La derrota y la consiguiente pérdida de las colonias fueron conocidas en España como “**el desastre del 98**”, convirtiéndose en símbolo de la crisis de la Restauración. A pesar de la envergadura de la crisis de 1898 y de su simbología, sus repercusiones fueron menores de lo esperado.

El desastre del 98 costó la vida a más de 200.000 soldados, la mayoría de las clases populares reclutados por el sistema de quintas. Otros muchos fueron repatriados mutilados o enfermos, a los que no se les pagó ni atendió, con lo que creció el antimilitarismo popular.

En lo económico, la guerra comportó notables pérdidas materiales en la colonia, pero no fue así en la metrópoli. La industria nacional se recuperó pronto de la pérdida del mercado colonial y la repatriación de capitales, unida a una reforma fiscal, permitió el desarrollo de la banca española.

Tampoco aconteció una gran crisis política, la Restauración sobrevivió y la continuidad del turno dinástico se mantuvo; no obstante, sí hubo un crecimiento de los movimientos nacionalistas en el País Vasco y Cataluña.

De este modo, la crisis del 98 fue fundamentalmente una **crisis moral e ideológica**, que causó un importante impacto psicológico entre la población. La derrota sumió a la sociedad y a la clase política española en un estado de desencanto y frustración porque significó la destrucción del mito del Imperio español –en un momento en que las potencias europeas estaban construyendo enormes imperios coloniales en Asia y África- y la relegación de España a un papel de potencia secundaria.

El desencanto provocado por la crisis del 98 provocó la aparición del fenómeno del **“regeneracionismo”**. Aunque el sistema de la Restauración se mantuvo, surgió una corriente crítica que lo consideraba *viciado y enfermo*, el Regeneracionismo, que defendía la necesidad de renovación y modernización de la vida política, económica y social del país, para acabar con la brecha que separaba la España oficial de la España real. Entre sus representantes destaca Joaquín Costa, partidario de la necesidad de acabar con la corrupción electoral, mejorar la situación del campo español y aumentar el nivel educativo y cultural del país.

El espíritu regeneracionista también caló en la clase política, destacando en este sentido el líder conservador Francisco Silvela (autor del famoso artículo “España sin pulso”) y el líder liberal Maura. Ambos van a poner en marcha gobiernos regeneracionistas para reformar el caduco sistema de la restauración aunque sin modificar el papel que jugaba en éste la corona y los dos partidos dinásticos.

Asimismo, un grupo de literatos y pensadores, conocidos como la **Generación del 98**, intentaron analizar el **“problema de España”** en un sentido muy crítico y en tono pesimista. Pensaban que tras la pérdida de los últimos restos del Imperio español había llegado el momento de una regeneración moral, social y cultural del país. Entre estos intelectuales destacan Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz (Azorín), Pío Baroja o Antonio Machado.